

RAMON Y CAJAL EN EL INSTITUTO DE HUESCA

Por MIGUEL DOLÇ

El estudiante y el sabio.

AL estudiar los primeros años escolares del eminente histólogo Ramón y Cajal, cuyo nombre se honra en enarbolar el Instituto de Huesca por haber sido uno de sus alumnos más gloriosos, bien desearía presentar a esta formidable gloria de la ciencia española como ejemplo vivo y permanente del estudiante de hoy y de todos los tiempos. Desgraciadamente, no es así. Quizá me he precipitado, sin embargo, al escribir «desgraciadamente». El bachillerato de Santiago Felipe Ramón y Cajal es una lucha incesante; permítaseme la expresión, contra las temidas «calabazas»; fué el estudiante típicamente no estudioso, vago, díscolo, cargante, pesadilla de padres, maestros y patronas. Y desde esta base tan dudosa e inestable ascendió al pináculo de la gloria científica hasta arrebatarse en 1906, a sus 54 años, el Premio Nóbel de Medicina. Esta es la cuestión. ¿Es por ello menos simpática e interesante su figura de estudiante? Yo creo firmemente que no. Al verlo tan humano, tan lamentablemente humano, en sus años de adolescencia, como uno de tantos alumnos que hoy consiguen la media de cinco—a veces en septiembre—a fuerza de décimas amorosamente subastadas, considero que gana la dimensión de su sentido social y, con ella, el ámbito de nuestra admiración.

Trátase, en suma, de uno de tantos casos de contradicción entre los años verdes y la edad madura o, desde otro punto de vista, entre

la vida y el pensamiento: los casos que encierran el mayor interés y, hasta osaría decir, la más pura ejemplaridad. Los sabios siempre sabios, como los santos siempre santos, despiertan más asombro que atractivo. Gana igualmente en el terreno de la comprensión y de la cordialidad la figura de un Santiago Ramón y Cajal, futuro histólogo de fama universal, coronado por una aureola de títulos nacionales y extranjeros pocas veces igualada, si se le representa con la mayor objetividad en los grises comienzos de su vida escolar.

Sin embargo, conviene, ante todo, aclarar un punto esencial. ¿Existe un verdadero abismo entre el Santiago indolente, tan a menudo suspendido, y el riguroso hombre de ciencia, cuyo caso sobrecogedor, en dura frase de Ortega y Gasset ¹, no pudo significar un orgullo para nuestro país, sino más bien una vergüenza, porque es una casualidad? A esta pregunta hay que responder rotundamente: No. Si Ramón y Cajal, como estudiante de bachillerato, no podía hacer prever una poderosa cumbre, casi milagrosa, en la orografía mental española, desde el triple punto de vista científico, pedagógico y aun literario, la contradicción, en cambio, no existe en el examen del niño y del hombre. Y esto es lo fundamental. Con los albores de su vida racional en Ayerbe, llegada a la sazón en Huesca, nacen las manifestaciones temperamentales de su existencia: la independencia de carácter, la energía y poderío de la voluntad, la apasionada ambición de ser algo, la meditación incesante ante la tragedia y la muerte. Y esta línea de cualidades, que pueden resumirse en individualismo y ambición, Ramón y Cajal no la abandonará jamás.

Es interesante, a este propósito, una declaración suya, explícita, a menudo olvidada: «A mi regreso de Cuba, contemplé contristado la angustiosa situación en que había caído España. Comprendí que era necesario un poderoso esfuerzo de voluntad para restaurar nuestras perdidas grandezas. Miréme interiormente, y me sentí con fuerzas para formar en las filas de los cruzados de esta reconquista. Mas ¿adónde encaminar mis esfuerzos? ¿Qué orientación debía dar a mis actividades? Podía cultivar la filosofía, la pintura, la música, la literatura. Deseché, sin embargo, tales propósitos. España había tenido filósofos, pintores, literatos y músicos. En cambio yacía olvidada, casi desconocida, una rama interesantísima de la ciencia: la biología y la histología, cuyo bri-

1. J. ORTEGA Y GASSET, *Asamblea para el Progreso de las Ciencias* (= *Obras Completas*, t. I, Madrid, 1946, p. 108).

llante porvenir anunciaban por el mundo varios heraldos. No, España no tiene histólogos, me dije; pues estudiemos la histología. Ella me ofrecía anchuroso campo. Por patriotismo, sólo por patriotismo,



Busto de Ramón y Cajal en el vestíbulo del Instituto de Huesca.
Obra del escultor Vicente Vallés.

comencé a manejar el microscopio»². Y, en efecto, este poderío de voluntad de ser consecuente con sus ideas y aspiraciones fué uno de sus rasgos característicos desde los primeros años.

Esquema de su infancia.

Entremos ya de lleno en nuestro tema: el examen de Ramón y Cajal como estudiante de bachillerato, y ello desde un doble ángulo de visua-

2. ALBERTO y ARTURO GARCÍA CARRAFFA, *Cajal* (Madrid, 1918), p. 5-6.

lidad: sus estudios y sus profesores. El tema es amenísimo, sumamente divertido, abierto a una hilaridad incesante, a la misma risa de todos los dioses, como diría Ovidio ³.

Conviene previamente advertir que todas mis noticias se basan, una por una, en tres fuentes directas: en informes orales ⁴; en el expediente académico del alumno Santiago Felipe Ramón y Cajal, que posee el Archivo del Instituto de Huesca ⁵, en el «Libro del Personal Facultativo» de dicho Centro y en los expedientes de sus profesores; y, principalmente, en sus memorias, escritas «acaso con excesiva minucia» ⁶, tituladas *Mi infancia y juventud*, primera parte de *Recuerdos de mi vida*, maravilloso libro situado por su amenidad, lenguaje y humanidad, entre las obras más logradas de la picaresca española ⁷.

Recordemos esquemáticamente los primeros años de Ramón y Cajal. Nació casualmente en la aldea de Petilla, islote navarro enclavado por singular capricho administrativo en la provincia de Zaragoza, el 1.º de mayo de 1852, a las nueve de la noche, según su fe de bautismo. Lo sacan de allí sus padres a los dos años de su nacimiento y pasó en tierras aragonesas los primeros años de su infancia: en Larrés, Luna y Valpalmas. El aragonesismo será en él una nota apasionada, fuerte, agria. En 1860, cumplidos sus ocho años, se traslada con su familia a Ayerbe, que puede considerarse como su verdadera patria chica. La parte más extensa, dinámica y significativa de su libro *Mi infancia y juventud* está consagrada a la prolongada estancia de Santiago en esta villa: en ella está en germen todo el porvenir de Ramón y Cajal; las ausencias, motivadas por los estudios del bachillerato en Jaca y Huesca, sólo conseguirán perfilar los pormenores y acusar los rasgos característicos. No es este el lugar de referirme—lo he hecho en otro lugar ⁸—a la vida

3. OVIDIO, *Fast.*, I, 438.

4. Debo agradecer estos informes, en especial modo, a don Ladislao Gil, secretario de la Escuela de Magisterio de Huesca, primo de Ramón y Cajal—por ser su madre hermana de la madre política de Santiago—, y al médico don Luis Ramón Gracia, sobrino del histólogo.

5. Archivo del Instituto Nacional de E. M. «Ramón y Cajal» de Huesca. Expedientes, legajo 64, letra B, núm. 64. Véase su fe de bautismo en el apéndice I.

6. G. MARAÑÓN, *Cajal. Su tiempo y el nuestro* (Madrid, Espasa-Calpe, 1951⁸), p. 17.

7. Cito regularmente, por razones de comodidad, en este escrito a Ramón y Cajal según la edición de sus *Obras literarias completas* (Madrid, Aguilar, 1950). Dada la frecuencia con que desgloso fragmentos y expresiones de *Mi infancia y juventud*, las citas de esta obra se intercalan en el mismo texto, a fin de no acumular innecesariamente las notas. Otras veces acudo a ediciones anteriores, ilustradas con notas y grabados, que no aparecen en la citada edición de sus *Obras*.

8. Desarrollo este tema en mi trabajo *Ramón y Cajal en Ayerbe*, escrito por encargo del Ayuntamiento de esta villa.

ayerbense de Santiago, que puede resumirse en estas notas: nulo aprovechamiento en la escuela; desarrollo de sus facultades artísticas; intervención semiinconsciente en bullangas políticas y marimorenas bélicas; juegos, travesuras y desmanes; pedreas y luchas, que llegan a su apogeo con la fabricación de un cañón de verdad, cuya prueba, satisfactoria, contra la flamante puerta de un cercado vecino, le costó cuatro días de cárcel.

Primer año de bachillerato en Jaca: 1862-63.

El famoso episodio del cañón ocurría en el verano de 1863, esto es, a sus once años de edad. Un año antes había decidido su padre llevarle a estudiar el bachillerato a Jaca, «donde había —dice— un colegio de padres escolapios, que gozaba fama de enseñar muy bien el latín y de educar y domar a maravilla a los muchachos díscolos y revoltosos» (p. 66). Pero no pudieron conseguir con el nuevo alumno de primero ni lo uno ni lo otro. La «Hoja de examen de Instrucción primaria» para ingresar en dicho colegio, se conserva en su expediente. El ejercicio comprende cuatro partes. La primera, de Doctrina cristiana, consta de las siguientes preguntas: «1.^a ¿Quién se encarnó? 2.^a ¿Quién es Jesucristo? 3.^a ¿Qué quiere decir Jesús?». La segunda parte, de Gramática castellana, de otras tres preguntas: «1.^a ¿Qué es preposición? 2.^a ¿Qué es artículo? 3.^a ¿Qué es verbo?». La tercera parte es el dictado de una frase: «Para el estudio y consiguientes progresos en él son requisitos indispensables el talento y la aplicación», en que no comete ninguna falta. Sigue, finalmente, una operación de sumar, bien resuelta, y la firma «Santiago Ramón», casi idéntica a su firma de hombre maduro. Ramón y Cajal escribe (p. 70) refiriéndose a dichos exámenes: «Tan lisonjero fué el éxito, que me consideraron los frailes como uno de los alumnos mejor preparados para la segunda enseñanza».

Entre sus recuerdos escolares de Jaca el sabio, en su relato autobiográfico, subrayaba el del profesor de Latín: el padre Jacinto, «por entonces el terrible desbravador de la comunidad». «A la verdad —confiesa—, yo me alarmé algo, sólo un poco, al contemplar la estatura ciclópea, los anchísimos hombros y macizos puños del dómine, que parecía construido expresamente para la doma de potros bravíos. Y me limité a decir para mi capote: Allá veremos» (p. 70). Y se vió. Aquel Hércules fracasó en su nueva fatiga. En vano su voz corpulenta y esten-

tórea atronaba la clase, sonando en los oídos de los pobretes del primer curso cual rugido de león; sólo infundía pavor en aquellos cuarenta infelices, llegados de pueblos de la montaña y nostálgicos aún de las caricias maternas. «¡Pobre del que se trabucaba en la conjugación de un verbo o del que balbucía en la declinación del *quisnam quaenam quodnam* o del no menos estrafalario *quicumque!* Los correazos caían sobre él como torrencial aguacero aturdiéndole cada vez más e inhibiendo su débil retentiva» (p. 75). La conducta, la moral y la salud de Santiago empeoraban de día en día. Llegaron así los exámenes y parecía descontado el resultado. «Más a fin de parar el golpe—explica—, si ello era posible, mi progenitor buscó recomendaciones para los catedráticos del Instituto de Huesca, a quienes incumbía la tarea de examinar en Jaca. Precisamente uno de ellos era don Vicente Ventura, tan amigo suyo. Este redentor mío estaba agradecido y obligado a las proezas quirúrgicas de don Justo, por haber sanado a su mujer de gravísima dolencia que exigió peligrosa intervención.

«Llegado el examen, propusieron los frailes, según era de prever, mi suspensión; pero los profesores de Huesca, apoyados en un criterio equitativo, y recordando que habían sido aprobados alumnos tan pigres o más que yo, aunque bastante más dóciles, lograron mi indulto» (p. 86).

En efecto, según su expediente, aprobó con la nota de mediano —la mínima— las tres asignaturas que comprendía el primer curso de bachillerato: Primero de Latín y Castellano, Principios de Aritmética, Doctrina e Historia Sagrada. Firman las actas de exámenes, celebrados en septiembre de 1863, don José Sanz y Tarazona y don Andrés Cabañero y Temprado, por el Instituto de Huesca. En el mes de noviembre del año anterior, don José Sanz había sido nombrado catedrático numerario de Elementos de Matemáticas del Instituto de Huesca. Don Andrés Cabañero, bachiller en Filosofía y Letras, a la sazón sustituto de la cátedra de Latín y Griego, fué nombrado catedrático numerario de esta disciplina en el mismo Instituto en 12 de julio de 1863; se trasladó a la cátedra de igual asignatura, vacante en el de Teruel, a fines de dicho año.

El padre Jacinto Villán de San Francisco de Paula, muerto de una congestión cerebral en 1881 en Molina, a los 44 años, goza de buen predicamento en las crónicas de su orden. En realidad, el trato que recibió Santiago en el colegio de los escolapios de Jaca era el normal entre los maestros de antaño, religiosos y seglares, para los que era un aforismo incontrovertible aquello de que «la letra con sangre entra».

Años más tarde, en 1922, esto es, a sus setenta de edad, en una interesante carta, deseaba Ramón y Cajal que no se diera valor a las críticas estampadas en su autobiografía con relación a las Escuelas Pías de Jaca y se enorgullecía de haber sido su alumno ⁹.

Segundo curso de bachillerato en Huesca: 1863-64.

Al regresar a Ayerbe, claro es, su pobre madre apenas lo reconoció: tal le habían puesto el «régimen de terror» y el «laconismo alimenticio». Recordaría a uno de aquellos pupilos del dómine Cabra, inmortalizados por Quevedo: «Seco, filamentoso, poliédrica la cara y hundidos los ojos, largas y juanetudas las zancas, afilados la nariz y el mentón, semejaba tísico en tercer grado» (p. 87). Desengañado, su padre resolvió trasladar su matrícula al Instituto de Huesca. Como fecha del cambio fija él mismo en sus memorias el mes de enero o febrero de 1864. Sin embargo, la instancia para matricularse, que obra en su expediente, lleva la fecha casi normal del 18 de septiembre de 1863. En ella precisa que no pudo «su padre presentarse para los días designados para matricularle... por tener que realizar imprescindiblemente un viaje». Ocurre todavía otra pequeña contradicción entre sus recuerdos y los documentos que posee el Instituto oscense. Afirma que su padre lo instaló «en modesta casa de huéspedes, sosegada y quieta, albergue y paradero habitual de sacerdotes y seminaristas. Estaba situada cerca de la Catedral, en el llamado Arco del Obispo, y su gobierno corría a cargo de patrona viuda, muy religiosa y de excelentes sentimientos» (p. 94); en cambio, según un volante, que firma como fiador don Isidro Sarasa, vivió a principios del curso académico 1863-64 en la calle del Aire, número 2. Se trata, desde luego, de leves discordancias que se repiten a lo largo de los cinco cursos que a la sazón comprendía el bachillerato.

Ya lo tenemos, por tanto, en el Instituto. «Por suerte—recuerda en sus memorias—, en el Instituto de Huesca no se estilaban novatadas;

9. En el apéndice II puede verse el texto íntegro de la carta, de la cual me ha facilitado fotocopia el P. Federico Ineva, rector del colegio de las Escuelas Pías de Jaca. El autógrafo se encuentra en el Archivo Provincial de las Escuelas Pías de Aragón (Zaragoza). La carta va dirigida a don Eduardo de Rute—que hoy tiene abierta clínica en Manresa—, secretario a la sazón de la Asociación de Exalumnos del colegio de las Escuelas Pías de San Antón de Madrid, cuyo órgano era «Nuestra Revista», a la que se refiere Ramón y Cajal; fué escrita por éste a propósito del homenaje que dicha Asociación le dedicó al nombrarle presidente honorario.

pero, en cambio, había algo tan deplorable como ellas: el abuso irritante del fuerte contra el débil, y la guapeza y matonismo regulando los juegos y relaciones entre mozalbetes.

«Todo recién llegado que por su facha, indumentaria o carácter desagradaba a los «gallitos» de los últimos cursos, veíase obligado, para librarse de belenes, o a recogerse prudentemente en casita durante las horas de asueto, o a implorar el amparo de algún grandullón capaz de hacer frente a los insolentes perdonavidas» (p. 102). Santiago tuvo la desdicha de resultar antipático a dichos «caciques», puesto que, sin causa justificada, le maltrataron de palabra y obra, obligándole a meterse en trapatuestas y camorras de qué salía casi siempre mal parado.

Por otro lado, sus apariciones en ambientes desconocidos se hacían siempre bajo signo adverso. Ya su aparición, a los ocho años, en la plaza pública de Ayerbe fué saludada por una rechifla general de los chicos (p. 45). Pese a su humilde indumentaria, el hijo del médico, que no gastaba calzones ni alpargatas, ni ceñía con pañuelo su cabeza, pasaba entre «aquellos zafios» por señorito; su lenguaje, relativamente castizo, era considerado por los rapaces de Ayerbe como «insufrible algarabía» (p. 47). Y surgió espontáneamente el remoquete para designar a aquella «criatura díscola, excesivamente misteriosa, retraída y antipática» (p. 35) que fué Santiago durante su niñez: el «Forano», el forastero. De igual modo, al asomar el nuevo alumno al purísimo patio octogonal del antiguo Instituto, se le gratificó, no con un mote, sino con dos: el «Carne de cabra» y el «Italiano». El primero se daba por burla a todos los ayerbenses. En cuanto al segundo, el más gracioso—el «Italiano»—, requiere una explicación, que cuida de darnos el mismo Santiago:

«Mi buena madre, extraordinariamente hacendosa y económica, me hizo con el paño de cierto antiguo sobretodo del autor de mis días, amplio gabán de abrigo. Lo malo fué que, preocupada por mi rápido crecimiento, y anticipándose un tanto a los sucesos, dejó los faldones del gambeto algo más largos de lo prescrito por la moda de entonces. ¡Forzoso es reconocerlo!... Mi facha recordaba bastante a la de esos errabundos saboyanos que por aquellos tiempos recorrían la Península tañendo el arpa o haciendo bailar al son del tambor osos y monas.

«Entre aquellos señoritos, vestidos à la *dernière*, la súbita aparición de un extraño gabán produjo regocijada sorpresa» (p. 103). Y la idea imprecisa que bullía en aquel coro de zumbones fué traducida de repente por la voz recia y dominante de un tal Azcón, natural de Alcalá de Gállego, un pigre crónico de unos 19 años, que había interrumpido

varias veces sus estudios, un «salvaje» de tostado pescuezo y vigorosos brazos que «denunciaban a la legua al gañán que ha endurecido sus músculos guiando el arado y empuñando la azada» (p. 103). Azcón, pesadilla de Santiago, fué el primero en exclamar: ¡Mirad al «Italiano!».

Y tras las burlas y chirigotas, motivadas por el éxito del apodo, llegó el caos. Tomando el asunto por lo trágico, lanzábase el enclenque Santiago como un tigre sobre Azcón y sus compañeros, casi todos los días, durante dos o tres meses. No es difícil adivinar el resultado de aquellas reyertas. Desencuadrado y cojeando, mohino y cabizbajo, abollado el sombrero, anhelante el pecho por la emoción y rojos y húmedos los ojos de corajina y despecho (p. 104-105), recogíase Santiago en casa mientras se decía filosóficamente: «¡Y pensar que todo esto me pasa por cuatro dedos de tela que pudieron cortarse a tiempo!» (p. 105). Pero no se amilana; no lo hará nunca. Ni denuncia el caso al director. Estudia su situación de inferioridad ante unos adversarios que se permiten tener más años que él. Y ve claramente que si logra triunfar sólo de Azcón, todos serán aliados suyos. ¿Cómo conseguirlo? Con los efectos de la gimnasia y del trabajo forzado; se entrega sistemáticamente a los ejercicios físicos; en los sotos y arboledas del Isuela se dedica a trepar a los árboles, saltar acequias, levantar a pulso pesados guijarros.

Sacó de los entrenamientos un fruto magnífico. Diversas fotografías, posteriores sólo en unos años a aquella época, nos muestran claramente el desarrollo muscular casi monstruoso del adolescente ¹⁰. En el tercer curso sus puños y su habilidad en el manejo de la honda y del palo infundieron respeto a los matones de los últimos años, y hasta el atlético Azcón tuvo que capitular. Habíale anunciado Santiago que, en cuanto se insolentase con él, le incrustaría en la cabeza una peladilla de arroyo. Y la amenaza no le sonó a baladronada. Por su crianza al aire libre y al sol, por su manía gimnástica, Santiago era robusto, ágil y duro. Desde entonces hubo paz entre ellos. Podía ya entregarse Santiago, tranquilamente, satisfecho el fuero interno de su pundonor, al estudio formal. Pero no fué así. Gustaba más de hacer excursiones por los alrededores de Huesca, por los parajes del Isuela, por las eras de Cáscaro, de pintar rocas, árboles, flores y mariposas, de hurtar—delicioso hurto—rosas té en los jardines de la estación del ferrocarril. A la hora de la

10. Pueden verse dos de estas curiosas fotografías, hechas por él mismo con autodisparador, en *Recuerdos de mi vida* (Madrid, 1923⁹), lám. X, y en «ABC», 3 de mayo de 1952 (Madrid). En la última aparece como un precursor de la popular figura de Tarzán.

verdad llegó lo inevitable. Sólo consiguió aprobar en septiembre las tres asignaturas de segundo curso: Segundo de Latín y Castellano, con la nota de mediano; Geografía y Principios de Geometría, con la de bueno.

Dedica en sus memorias un lamentable, pero fervoroso, homenaje al profesor de Latín: «Don Antonio Aquilué... era todo lo contrario del terrible padre Jacinto. Laborioso, pero muy anciano, bondadoso y casi ciego, carecía de la indispensable entereza para luchar con aquellos diablillos de doce años. Allí se alborotaba, se hacían monos, se leían novelas y aleluyas, se fumaba, se disparaban papelitos, se jugaba a las cartas...; en fin: se hacía de todo, menos prestar atención a la docta y pausada disertación del maestro, que se desgañitaba para dejarse oír en medio de aquella barahunda» (p. 98-99).

Con pocos trazos enérgicos consigue Ramón y Cajal darnos un fiel retrato de don Antonio Aquilué y Galán, natural de Huesca, tal como lo refleja su expediente, uno de los más curiosos y expresivos de los que se conservan en el Instituto de Huesca. Produce el examen de este expediente una inolvidable impresión, mezcla de compasión, comicidad y tragedia. Había sido alumno de la Universidad de Huesca. Su irascibilidad debía de ser proverbial. Y traía sin duda el origen de la miopía que padecía desde su nacimiento, a pesar de lo cual tuvo el prurito de no gastar «jamás lentes ni otros instrumentos ópticos para leer o para los demás usos de la vida», según confiesa él mismo al responder enérgicamente a un expediente de jubilación que se le instruyó, «por mal estado físico», en 1869. Ya en 1864—el mismo año en que Santiago asistía a sus lecciones—se le formulaba un pliego de cargos, fundado en la irritabilidad de su carácter, que le había impulsado a abofetear a un alumno añadiendo una «expresión irrespetuosa a la Real Persona»: «¡Este bofetón ni Isabel segunda ni nadie se lo quitará a usted!». A raíz de este expediente, el Consejo Universitario de Zaragoza, en 7 de noviembre de dicho año, «le apercibe seriamente para que en lo sucesivo no imponga a los alumnos otras penas que las que establecen los artículos ciento ochenta y cuatro y ciento ochenta y cinco del Reglamento de segunda enseñanza, para que sea más respetuoso y comedido en los escritos, se haga respetar de sus alumnos suprimiendo sus malos hábitos y modificando su carácter, y para que procure adquirir las formas decorosas de fina educación que deben adornar a un profesor» ¹¹.

11. Véase otra faceta de su carácter en el discurso de SALVADOR M.^a DE AYERBE Luis M.^a López Allué, escritor costumbrista (Huesca 1939), p. 8.

El pequeño Santiago comprendió sin duda el drama de aquel hombre pundonoroso, acre y lacerado, cuando escribe: «Distaba yo mucho de ser impecable; pero no figuraba entre los más audaces e insolentes. Cierta compasión hidalga hacia aquel santo varón, todo bondad y candidez, enfrenaba mis maleantes iniciativas» (p. 99). Don Antonio Aquilué, fervoroso carlista, falleció en 27 de marzo de 1885.

Totalmente distinto era el profesor de Geografía. «Por notable e instrutivo contraste, en la cátedra del profesor de Geografía no chistaba nadie. Era éste un señor rubio, joven, de complexión recia, perspicaz de sentidos, austero y grave en sus palabras y severísimo y justiciero en los exámenes. Inspirábanos veneración y temor. El alumno que enredaba y se distraía cuchicheando con sus camaradas era arrojado inmediatamente del aula. [...] Explicaba con llaneza, claridad y método, y sus lecciones acabaron por interesarnos» (p. 99-100). No menciona el nombre de este profesor; según el «Libro del Personal Facultativo» del Instituto se trata del catedrático don Antonio Vidal y Domingo¹², natural de Igualada (Barcelona), que vino a Huesca en agosto de 1862, donde permaneció hasta 1891, en que pasó al Instituto de Gerona. En los tiempos a que se refiere Santiago, frisaba en los veintiséis años. Consiguió en las Universidades de Barcelona (1862) y Sevilla (1865) sus títulos de bachiller y licenciado en Filosofía y Letras. Escribió diversos libros de texto concernientes a las disciplinas de Geografía e Historia y varios trabajos de crítica literaria en revistas de Madrid y Barcelona.

No hace tampoco Ramón y Cajal ningún comentario del profesor de Geometría: desempeñaba a la sazón esta cátedra don Mauricio M.^a Martínez, natural de Huesca, doctor (1843) en Jurisprudencia y abogado por su Universidad y catedrático de Matemáticas elementales del Instituto oscense desde 1851; cesó en 1892, por jubilación¹³.

Aprendiz de barbero.

Hemos dicho que, según su expediente, Santiago tuvo que aprobar en septiembre de 1864 el primer curso. En sus memorias, sin embargo, ocurre un nuevo error al ponderar «el jovial y bullicioso entusiasmo»

12. «Libro del Personal Facultativo del Instituto Provincial de 2.^a Enseñanza de Huesca. Comprende desde el año de 1845, en que la Universidad Sertoriana quedó convertida en Instituto Provincial de 2.^a Enseñanza» (Archivo del Instituto), f. 6.

13. «Libro del Personal» cit., f. 4.

con que solemnizó el verano de 1864, «después de los exámenes de junio, en los que, si no merecí honrosos diplomas, tampoco tropecé con las temidas calabazas» (p. 115). Hubo, sí, calabazas. De otra manera, tampoco se comprendería la decisión enérgica de su padre, un hombre que cuando pensaba y decía una cosa, la ejecutaba sin remisión. Yendo en aumento las distracciones y calaveradas de Santiago y mostrando éste «fundamental incapacidad» para los estudios, su padre lo acomoda de aprendiz en una barbería. No he logrado aclarar si, al mismo tiempo que Santiago empuñaba «la sucia y jabonosa brocha barberil» (p. 124-125), continuaba sus estudios de tercer curso: así parece desprenderse de su relato, como veremos luego. En su expediente consta que cursó dicho año en 1865-66, con la interrupción, por consiguiente, de un año académico: de todos modos, si asistió como oyente a las aulas durante el curso 1864-65 fué con resultado nulo.

La peluquería en que se ejercitó Santiago—hoy desaparecida—estaba en la calle de la Correría, no lejos de la plaza de San Pedro ¹⁴. Amo del establecimiento era el «señor Acisclo», considerado y afable con Santiago, «a pesar de su fama de gruñón y de la severidad y acritud que prometían sus facciones duras y su color bilioso». Condolido al ver la cara de cuaresma del nuevo aprendiz, trató de consolarle:

«—¡Animo, muchacho! Duros son todos los principios, pero te irás haciendo. Déjate de orgullos y aplícate a remojar barbas, que si, como presumo, te vas haciendo al oficio, dentro de poco ascenderás a oficial y gozarás el momio de tres duros al mes, amén de las propinas.—¡Bonito porvenir!» (p. 125).

Gracias a sus instintos artísticos, Santiago acabó por granjearse la simpatía de aquel hombre, que, sin ser bravucón, hablador ni jactancioso, «tenía malas pulgas» como revolucionario y republicano. El señor Acisclo es una de las figuras más interesantes en este pequeño mundo mitológico que creó Ramón y Cajal, con el P. Jacinto, Azcón, «Pedrín» y tantos otros. Las conversaciones entre el rapabarbas y los parroquianos giraban casi siempre sobre política. Aquellos inofensivos «ojalateros» frotábanse las manos de gusto apenas llegaban noticias de conspiraciones alentadas por generales desterrados, como Prim y Moriones o Pierrad. Santiago, claro es, no entendía jota de política, pero le «seducían zaragatas, jaranas y marimorenas» (p. 127). Y para halagar al patrono y demostrarle sus sentimientos liberales, dió en

14. S. RAMÓN Y CAJAL, *Recuerdos de mi vida* (Madrid, 1923⁹), p. 7, n. 1.

copiar el busto de los caudillos militares conspiradores de entonces, singularmente los de Prim y Pierrad, al pie de cuyos retratos estampaba «tal cual décima chabacana dedicada a la Libertad». Consiguió así el aprendiz el resultado que calculaba: dióle el patrono cada día mejor trato. «Hízole merced, no sólo de las horas suplementarias de clase, sino de casi todas las tardes de poco trabajo» (p. 127-128). Hubo, por tanto, alternancia entre los deberes de barbero y de estudiante; yo sospecho incluso que el aprendizaje de Santiago debió de prolongarse durante dos años: del 1864 al 1866.

Tercer curso: 1865-66.

En el año académico de 1865-66 consta su matrícula de tercer curso, con las asignaturas de Latín y Griego, Historia, Matemáticas y Lengua francesa. Aprobó en junio la Historia general y particular de España, con la nota de mediano; en septiembre, el Latín y Griego, igualmente con la de mediano, y el Francés con la de bueno. Fué suspendido en Matemáticas. El, por el contrario, afirma (p. 136) que no se presentó a examen de Griego en junio y que obtuvo en las demás asignaturas notas de mediano. El suspenso en Matemáticas plantea un curioso problema de carácter administrativo. No consta que aprobara dicha disciplina en los dos cursos siguientes; por tanto, desde el punto de vista legal de hoy, toda su carrera académica habría sido irregular. Todos estaremos de acuerdo, sin embargo, en que, aun arrastrando toda la vida este suspenso de Matemáticas, pudo un día recibir Ramón y Cajal, con la conciencia tranquila, el Premio Nóbel.

Durante este curso, la Historia universal y de España, «que consistían en retahila insoportable de fechas y abrumadora letanía de nombres de reyes y de batallas ganadas o perdidas» (p. 134), no tuvieron para él atractivo alguno. Ni siquiera nombra a su profesor: debió de ser el mismo don Antonio Vidal, ya mencionado. Tampoco alude al catedrático de Francés que, según el «Libro del Personal» del Instituto ¹⁵, sería don Carlos Soler y Arqués, antiguo escolar del seminario de Vich, nacido en 1836 en San Martín de Viladrau (Gerona). En 1862 fué nombrado catedrático numerario de Lengua Francesa en el Instituto de

15. «Libro del Personal» cit., f. 11. Véase la biografía de Carlos Soler y Arqués en la *Enciclopedia Espasa*, 57, p. 112.

Huesca. Es el conocido autor de la obra *Huesca monumental* (Huesca 1864), cuyos productos, según su expediente, cedió a favor de la Asociación de Señoras Oscenses de la Caridad y Escuelas Dominicales. De entre su copiosa bibliografía recordemos asimismo *De Madrid a Panticosa* (Madrid 1878). En 1870, en virtud de permuta con don Julián Bosque, pasó al Instituto de Badajoz. Después de haber sido trasladado, en 1888, al Instituto «Cisneros» de Madrid, murió en la capital del reino el 7 de abril de 1896.

Menos aún menciona Ramón y Cajal al profesor de Matemáticas. Sólo más tarde, después de terminar la carrera universitaria, al enfrentarse con los serios problemas de la Física moderna, echará muy de menos los conocimientos matemáticos, «que debí haber aprendido oportunamente en el Instituto oscense» (p. 171), y tendrá que volver sobre los modestos y resobados manuales de Geometría y Trigonometría, tan distraídamente leídos. Pienso que su profesor de Matemáticas fué el encargado de dicha cátedra don Benjamín Riego y Fernández Vallín, en cuyos diversos títulos de sustituto y de auxiliar del Instituto de Huesca encontramos los pomposos nombres y firmas de Manuel Silvela y Severo Catalina del Amo, directores generales de Instrucción pública. Le sustituyó en septiembre de 1866 el catedrático propietario don Manuel Labajo y Pérez, procedente del Instituto de La Coruña; en 1871 fué trasladado al de Avila. Había hecho sus estudios en la Universidad de Valladolid.

Quizá nos extrañe que en aquellos tiempos tuviera que estudiar griego Ramón y Cajal. Se introdujo su estudio en virtud de una disposición transitoria, que duró unos años. Confiesa en sus memorias que durante este tercer curso el Latín y el Griego le aburrieron soberanamente (p. 134). Lo del Griego merece un capítulo especial: «inquina de mi catedrático de Griego» es una de las páginas más sabrosas de sus memorias. Tratábase de «un buen señor tan desabrido como suspicaz», que convirtió a Santiago en blanco de su mal humor. Pronunciaba sus lecciones «con acento crudamente catalán y premiosa y sibilante palabra» (p. 134). Su ojeriza procedía de un defecto fisiológico de que nunca Santiago logró corregirse, de que adoleció siempre, «a la manera de los salvajes y de las mujeres» (p. 135): su propensión a la risa, a la ruidosa carcajada, ante cualquier observación chocante, ante cualquier chirigota. Lo malo era que, en virtud de cierto aspecto mefistofélico del rostro, su espontánea sonrisa de bobalicón asombrado adquiría algo de sarcástico y provocativo. Y el bueno del maestro de Griego, que ignoraba e

dicho de Dumas «sólo los bribones no se ríen», veía en toda manifestación de jovialidad del alumno una intención satírica; adquirió, por tanto, la manía de mortificarle a diario con vulgares comparaciones zoológicas. Aquel régimen de pullas y alfilerazos agotó la paciencia de Santiago, y resolvió tomar represalias, llegando a la insolencia. «Para herirle en lo más vivo, que eran sus profundas convicciones ultramontanas, hacía pasar de mano en mano grotescas caricaturas en que aparecía, ya con traje de miliciano nacional, colgando de sus labios letrero que decía: «¡Viva la Constitución!», ya andando en cuatro patas, tocada la testa con boina descomunal—y ésta era la más negra—y cabalgado por Espartero, que parecía cantarle el *trágala* al oído. Tan grotescos monigotes regocijaban y desasosegaban a los chicos, que oían al iracundo pedagogo como quien oye llover» (p. 136).

Aunque dicho profesor se trasladó a su nativa Cataluña a fines de curso, Santiago dió por seguro el fracaso y no se atrevió a presentarse a examen. Según el «Libro del Personal Facultativo»¹⁶ del Centro, el catedrático de Latín y Griego tuvo que ser don José M.^a Sancho y Sala, natural de Lérida, bachiller en Filosofía y bachiller y licenciado en Jurisprudencia, nombrado catedrático del Instituto de Huesca en 1863; este profesor, en efecto, por orden del 10 de abril de 1866, fué trasladado al Instituto de su ciudad natal, de cuya cátedra de Latín y Griego tomó posesión, según su expediente, en 1.º de mayo del mismo año.

Aprendiz de zapatero.

Ante el fracaso del tercer curso, púsose nuevamente furioso su padre y meditó un radical escarmiento. Para agostar los pujos románticos y las rebeldías del mozalbate, ideó para su vástago una profesión digna de la de aprendiz de barbero: la de zapatero remendón. Nueva interrupción de los estudios durante un año: de aquí que su expediente presente una laguna en el curso 1866-67. Ejerció primero su nuevo oficio, antes de terminar el mes de junio de 1866, en Gurrea de Gállego, donde vivió una temporada su familia, con un zapatero rústico y mal encarado, que le hizo pasar las de Caín (p. 137). Al trasladarse los suyos nuevamente a Ayerbe, entró a servir a un tal «Pedrín», de la familia de los Coarasas de Loarre, zapatero campechano, zaragatero chistoso, pero duro con los aprendices.

16. «Libro del Personal» cit., f. 8.

Este «intermezzo» de su vida zapateril está esmaltado por una muchedumbre de anécdotas graciosas, a cuyo relato debemos renunciar. Basta decir que Santiago, siempre victorioso en cuanto le venía en gana, se dió tal garbo en el manejo de la lezna, en el recorte de coquetones tacones, en calados y filigranas, que se convirtió en el zapatero de moda de las señoritas más remilgadas (p. 139). Muchos años más tarde, el mismo Pedro Coarasa, que llegó a dirigir en Huesca una acreditada zapatería en la calle de la Correría, salía a recibir en la estación a Ramón y Cajal, ya sabio, después de cierto triunfo académico de éste, y sin poder contener las lágrimas le abrazaba emocionado exclamando:—¡Y yo que pensaba que tenías aptitudes excepcionales para el oficio!—¹⁷. El hondo cariño de Ramón y Cajal hacia su antiguo maestro, conocido en Huesca con el nombre de «Pedrines», no desfalleció nunca. En otra visita a Huesca, en que el sabio rehusó toda clase de entrevistas, sólo demostró vivos deseos de ver a «Pedrín», invitándole a tomar café con los suyos.

Cuarto curso: 1867-68.

Al año siguiente, satisfecho su padre del experimento educativo, dispuso la vuelta de Santiago a los estudios; pero, a fin de garantizar su formalidad en lo futuro, asentólo de mancebo en la barbería de un tal Borrue!l, situada en la plaza de Santo Domingo. De nuevo, por tanto, alternó Santiago la brocha con los libros y los pinceles, ya que él había prometido a su padre aplicarse si le consentía matricularse en Dibujo. Así cursó Santiago el cuarto curso de bachillerato, correspondiente al 1867-68. Le tocó cursar aquel año Psicología, Historia sagrada, Latín y Retórica y Poética. En este cuarto curso consiguió las únicas notas brillantes de su bachillerato: notable en Retórica y Poética; sobresaliente y premio en Dibujo; en Psicología, en cambio, sólo llegó a mediano, y esto en los exámenes extraordinarios de septiembre.

Aquellas dos calificaciones brillantes se armonizan claramente con sus gustos y tendencias. La actividad artística y literaria, que tanto contribuyó a la popularidad del genial naturalista ¹⁸, fué una de las facetas características de su infancia. «Sus esquemas—asegura Marañón ¹⁹—superan a los de los investigadores mejor dotados. Son, sin hipérbole,

17. S. RAMÓN Y CAJAL, *Recuerdos de mi vida* cit., p. 79, n. 1.

18. MARAÑÓN, *op. cit.*, p. 72 ss.

19. MARAÑÓN, *op. cit.*, p. 72.

maravillosos». Tuvo como profesor de Dibujo lineal, de adorno y de figura en el Instituto a don León Abadías y Santolaria ²⁰, natural de Huesca, nombrado catedrático de dicha asignatura por orden del 5 de enero de 1866; bajo su dirección se dedicó Santiago a la figura, a la copia del yeso y del natural, y a la acuarela, mereciendo el entusiasmo y los elogios del profesor, el cual en vano llegó a trasladarse a Ayerbe para convencer al padre de Santiago de que lo consagrara al arte de Apeles (p. 146). Su profesor sería un hombre de convicciones. Según su expediente y el «Libro del Personal» del Instituto ²¹, fué separado de su cátedra, sin derecho a percibir haber alguno, por orden del ministro de Fomento del 28 de abril de 1870, por haberse negado a jurar la Constitución del Estado, promulgada en 6 de junio de 1869 por el gobierno provisional de Prim. Dicho profesor, presumiendo la destitución en virtud de un oficio que le pasó la dirección del Instituto en 25 de enero del mismo año, solicitaba a los dos días del director y claustro de catedráticos que se le permitiera «establecer nuevamente dicha cátedra, si bien como profesor particular, sirviéndose al efecto del local y material científico del mismo establecimiento, a lo que cree tener derecho con arreglo a las disposiciones vigentes». Se accedió a la solicitud.

Significativa por un igual es su calificación de Retórica, a través de la cual parece adivinarse al futuro escritor de magníficas obras literarias, al futuro estilista expresivo, ordenado, diáfano y sobrio, enemigo del «flato» retórico, pese a su innata fruición en la retórica ²². Su profesor en Retórica y Poética fué don Cosme Blasco y Val, natural de Zaragoza, que por motivos de salud ²³ fué trasladado en 1868 del Instituto de Teruel, cuya cátedra de Perfección de Latín y Principios generales de Literatura había ganado el año anterior. Nombrado luego, al quedar refundidas en una sola las dos cátedras de Retórica y Literatura, catedrático de Latín y Castellano del mismo Instituto de Teruel, en 1869, solicitaba y obtenía de nuevo al año siguiente, por falta de salud, la cátedra de igual asignatura en Huesca. En 1877 fué nombrado, por

20. P. 145; «Libro del Personal» cit., f. 14.

21. «Libro del Personal», cit., f. 14.

22. Véase MARAÑÓN, op. cit., p. 78 y 79.

23. «Libro del Personal» cit., f. 8; otros datos, en su expediente. Véase su biografía en la *Enciclopedia Espasa*, 8, p. 1121. Aunque lo afirme explícitamente Ramón y Cajal en su autobiografía (p. 146), Cosme Blasco y Val no era hermano del conocido escritor Eusebio Blasco Soler, hoy bastante olvidado. Les unía, esto sí, una buena amistad. Hijo del que fué ilustre profesor de Ramón y Cajal es el abogado y publicista don José Blasco, actual presidente de la Asociación de la Prensa de Zaragoza.

concurso, catedrático de Historia de España en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona. Murió el 5 de diciembre de 1900, profesando su disciplina en la Universidad de Zaragoza. Su expediente es uno de los más brillantes del archivo del Instituto oscense. Poseía los títulos de licenciado y doctor en Filosofía y Letras, por la Universidad de Zaragoza, y las Encomiendas de la Orden americana de Isabel la Católica y de la Orden española de Carlos III, y era autor de un sinnúmero de artículos científicos y literarios y de más de sesenta obras de carácter literario, histórico, lingüístico y folklórico. El juicio de Ramón y Cajal es hondamente elogioso: «Joven maestro de palabra suave y atildada, bajo la cual ocultaba carácter enérgico y entero, poseía el arte exquisito de hacer agradable la asignatura, y el no menos recomendable de estimular la aplicación de sus discípulos. Preguntábanos la lección a todos; tomaba nota diaria de las contestaciones, y con arreglo a ellas nos ordenaba en los bancos. Yo salía casi siempre airoso de las conferencias; sin embargo, a despecho de mis buenos deseos, no conseguí pasar nunca del segundo o tercer lugar» (p. 146).

Con harto menos provecho, por falta de adecuada disposición mental y por su invencible repugnancia contra toda clase de dogmatismos, estudió Santiago la Psicología en los cursos cuarto y quinto, y la Lógica y Ética en quinto. «El profesor—explica él mismo (p. 147-148)—de esta asignatura, don Vicente Ventura, era maestro docto y celoso, cuya voz ronca y nasal deslucía un tanto la brillantez de su oratoria. Penetrado de profundo sentimiento religioso (que le impulsaba a postarse horas enteras en la catedral con los brazos en cruz y el alma en éxtasis), sus palabras traducían la robusta fe del creyente más que la crítica razonada del filósofo. Era, ante todo, panegirista de la religión y orador pomposo, de apóstrofes vibrantes, de apostólica indignación contra el error materialista y la impiedad protestante. Ferviente admirador de la escolástica, para él no habían existido sino dos grandes genios filosóficos: Aristóteles y Santo Tomás. De cuando en cuando, arrastrado por su fogosidad tribunicia, se exaltaba, poniendo como chupa de dómine a Locke, a Condillac y, sobre todo, a Rousseau y a Voltaire. Ignorante yo de la vida y milagros de dichos filósofos, me dije más de una vez: «¿Qué le habrán hecho estos señores a don Ventura para que los censure tan duramente?». Y fué lo peor que, a fuerza de execrar a los racionalistas, casi nos resultaban simpáticos».

Don Vicente Ventura y Solana, natural de Hechō, ha dejado en Huesca una huella profunda. Era licenciado y doctor (1842) en Jurispru-

dencia por la Universidad Sertoriana; en 1851 obtuvo el título de catedrático de Psicología, Ideología y Lógica del Instituto oscense. Fué director del establecimiento durante el decenio 1852-1862; en esta última fecha, a consecuencia sin duda de un pliego de cargos y de una denuncia formulada en 1860—sobre hechos que en largo alegato considera él mismo «absolutamente falsos y en extremo calumniosos»—, dimitió el cargo, que volvió a desempeñar desde 1884 por nombramiento del director general de Instrucción pública. Falleció en 20 de diciembre de 1892.

Por otro lado, la nota de mediano en Psicología de cuarto curso, conseguida por Santiago sólo en septiembre, era el eco de un suspenso de junio; este suspenso, según sus memorias, tenía un origen de carácter disciplinario (p. 149 ss.). Santiago, paseando una tarde por la carretera inmediata a las murallas, no lejos de la plaza de Santo Domingo, divisó una tapia recién revocada y perfectamente blanca: estas superficies eran su tentación pictórica irresistible. Y se puso a retratar, en tamaño natural, a algunos profesores, y señaladamente a don Vicente Ventura, es decir, a uno de los más estimados amigos de su padre, con todos los posibles acentos caricaturales. Aciertan entonces a pasar por allí unos chicuelos, sin duda mezclados con estudiantes, reconocen en seguida el parecido y prorrumpen a coro: «¡Mirad al tuerto Ventura!» Y empieza una pedrea de la caricatura, acompañada de toda suerte de pullas y dicterios. Pero en plena euforia del fusilamiento dispone la mala estrella de Santiago que acierte a pasar el original del dibujo. No es difícil adivinar el resto y la escena del examen, que él mismo comenta con todos sus pormenores.

Quinto y último curso: 1868-69.

Tras las consiguientes azotainas, Santiago cursó normalmente en el curso 1868-69 su quinto y último año de bachillerato, que abarcaba las cuatro asignaturas siguientes: Física y Química, Psicología, Lógica y Ética, Historia natural, Fisiología e Higiene. Nuevamente tuvo que aprobar en septiembre las disciplinas filosóficas y Fisiología e Higiene.

Profesaba a la sazón Física y Química elementales don Serafín Casas y Abad, amigo y condiscípulo del padre de Santiago. Había nacido en Huesca en 1829. Según su brillante expediente, era bachiller en Filosofía por la Universidad de Huesca (1844), licenciado en Medicina y Cirugía por la Universidad de Barcelona (1851), licenciado en Ciencias Naturales por la misma Universidad (1853) y doctor en Ciencias, sección de

Naturales (1869). Fué autor de diversas obras sobre ciencias naturales y de memorias científicas ²⁴. Entre sus títulos, se contaba el de académico de la de Medicina de Barcelona. Escribe acerca de él Ramón y Cajal: «Gustábame su manera sencilla y clara de exponer. Y recuerdo que, por adaptación a nuestra inopia matemática, «deshuesaba» las lecciones de ecuaciones e integrales. En cambio, cada ley o propiedad esencial era comprobada mediante experimentos concluyentes, que venían a ser para nuestra ingenua curiosidad juegos de manos de sublime taumaturgo. Con embeleso y atención cada vez más despierta, mirábamos colocar sobre la mesa los imponentes y extraños aparatos, muy especialmente las formidables máquinas eléctricas de tensión entonces a la moda» (p. 170). Aunque la Física fué una de las ciencias preferidas por Santiago, ya desde su infancia, sólo obtuvo en ella la nota de aprobado en junio.

No menciona al profesor de Historia Natural. Ocupaba a la sazón esta cátedra el mismo don Serafín Casas, nombrado catedrático de Historia Natural en 2 de junio de 1862, encargado de Física y Química desde esta misma fecha hasta el 30 de marzo de 1889, en que tomó posesión el catedrático numerario. Después de treinta y cuatro años de servicios en el Instituto oscense, don Serafín Casas fué nombrado, en virtud de concurso de traslación, catedrático de Historia Natural del Instituto «Cisneros» de Madrid, de cuyo cargo tomó posesión el 6 de septiembre de 1893. Murió en Huesca, en 1903.

Acerca de esta disciplina escribe Ramón y Cajal en su autobiografía: «Me gustó casi tanto como la Física; pero no sació sino muy imperfectamente mis apetitos intelectuales. Yo, que me embelesaba al contemplar un nido, que me extasiaba ante las rutilantes libreas de los coleópteros y la policromía de las mariposas y de los pájaros, sentí verdadero terror al oír la extraña e inacabable nomenclatura de animales y plantas y el chaparrón abrumador de las clasificaciones» (p. 173-4). Obtuvo igualmente en junio la nota de aprobado en Historia Natural.

Ramón y Cajal, «bachiller en Artes».

Hasta septiembre, en cambio, no obtuvo el aprobado en Fisiología e Higiene. En su expediente obra una instancia, fechada en 11 de dicho mes, en la cual «encarecidamente suplica» al director que «habiendo

24. Véase su biografía en la *Enciclopedia Espasa*, 12, p. 79.

estudiado privadamente la asignatura de Higiene y Fisiología», le admita a examen. Por cierto que en dicha instancia, que sólo consta de ocho líneas, se le escapan a Santiago dos faltas de ortografía, de la que, por lo demás, no hizo gran caso a lo largo de su vida: «Nabarra» y «provincial» con *b*. En el mismo mes y el mismo año conseguía, después de aprobar los dos ejercicios de letras y ciencias requeridos al efecto, el título de «Bachiller en Artes». También en la breve instancia en que solicita ser admitido al grado, encontramos otras dos faltas ortográficas: «Nabarra» con *b* y «egercicios» con *g*. Con todo, la grafía de *Nabarra* puede disculparse: científicamente la *v* de Navarra es bilabial²⁵. Firman el acta por el tribunal de letras don Antonio Aquilué, como presidente, y don Manuel López, como secretario. Se trata de don Manuel López Bastarán, natural de Zaragoza, catedrático, desde 1867, de Perfección de Latín y Principios generales de Literatura; luego, desde 1882, de Retórica y Poética. Había obtenido en la Universidad de Zaragoza los títulos de licenciado (1863) y doctor (1876) en Filosofía y Letras. Fué autor de unos *Elementos de Retórica y Poética y Literatura preceptiva*. Falleció en 1907²⁶. Firman por el tribunal de ciencias don Mauricio M.^a Martínez, como presidente, y don Manuel Labajo, como secretario. Sin embargo, hasta cuatro años después, en 1873 y a 30 de abril, no consigna Santiago la cantidad de 50 pesetas y entrega un sello de ocho por los derechos correspondientes al depósito del grado de Bachiller en Artes. El recibo del título está suscrito por Vicente Ramón, a 30 del mismo mes y año.

No me proponía en este artículo más que la exposición sucinta y ordenada en forma de anales de estos hechos: la vida escolar de Ramón y Cajal en el Instituto de Huesca. No sé si al llegar al final de esta primera etapa de su vida académica —nosotros quizá con aburrimiento, Santiago con innumerables trompicones—, habré conseguido lo que me proponía: hacer más próxima, más humana y más simpática la figura de quien da nombre al primer establecimiento docente del alto Aragón. ¿Habrán puesto mis páginas una sombra de desilusión en la gloria de su primer centenario? Esto sería, por las razones que defendía al principio, completamente arbitrario. Al festejarse solemnemente una efemérides histórica, si no se produce un sincero entusiasmo total alrededor

25. Véase R. MENÉNDEZ PIDAL, *Orígenes del español* (Madrid, Espasa-Calpe, 1950⁹), p. 258, n. 1.

26. «Libro del Personal» cit., f. 5.

de la figura celebrada, es correcto pasar en silencio, por lo menos de una manera pública, todo lo que pudiera empequeñecer u oscurecer su valía. El recuerdo del estudiante pigre no hace, después de un siglo, sino acrecentar la dimensión de su genio. Los años transcurridos han garantizado, ante el mundo, su supervivencia y su perduración.

Si Santiago Felipe Ramón y Cajal como estudiante de bachillerato no supo estudiar las lecciones de los libros de texto, aprendió para siempre las lecciones del hombre, de la vida, de la naturaleza, del laboratorio. Y esto, a la postre, es lo que cuenta. ¿Fructificó la semilla espiritual que en los rudos surcos de su inteligencia juvenil depositaron un día sus maestros en el Instituto de Huesca? Poseemos, a este respecto, una declaración explícita del mismo sabio: en mayo de 1922, esto es, a sus setenta años de edad, con motivo de dedicar un homenaje el Instituto General y Técnico de Huesca a sus preclaros exalumnos don Joaquín Costa y Martínez y don Santiago Ramón y Cajal, agradecía cordialmente el catedrático de Histología de la Universidad Central la felicitación que, a raíz de su jubilación, le cursó el Claustro del Instituto oscense, «donde, gracias a la enseñanza recibida, germinó hace 58 años mi curiosidad científica y artística»²⁷. La presencia de los años verdes transcurridos en Aragón fué una nota típica en este varón admirable. No es de extrañar que a sus ochenta años, en el umbral de la muerte, volviera todavía los ojos «con añoranzas algo melancólicas» a «los tiempos felices de su niñez y adolescencia»²⁸.

27. Véase el texto íntegro de esta carta, cuyo original, sin embargo, no he logrado localizar, en el apéndice III.

28. Véase en el apéndice IV la interesantísima carta escrita por Ramón y Cajal a don Ricardo del Arco cuando preparaba éste la tercera serie, aún inédita, de sus *Figuras aragonesas*.

APENDICE DOCUMENTAL

I

Fe de Bautismo de Santiago Ramón y Cajal que figura en su expediente del Instituto de Huesca.

Está en papel timbrado, con un sello en seco que dice: Isab. 2.^a P. L. G. D. Dios y la Const. Reina de las Esp. y uno en negro que dice: Sello 9.^o—Año 1862—2 Rs.

D. Manuel Gastón, cura propio de la parroquia de la villa de Petilla, correspondiente a la provincia de Navarra y diócesis de Jaca, certifico: Que al folio 190 del libro de bautizados, que da principio en el año 1803, uno de los parroquiales de esta Iglesia, se halla la partida siguiente: «A las nueve de la noche del día primero de mayo de mil ochocientos cincuenta y dos nació y el día siguiente fué bautizado solemnemente por mí el inf. vicario un niño que se llamó *Santiago Felipe*: hijo legítimo de Justo Ramón, cirujano, y de Antonia Cajal, naturales de Larrés, provincia de Huesca, y residentes en esta villa: abuelos paternos Esteban Ramón, labrador, natural de Isín, provincia de Huesca: maternos Lorenzo Cajal, tejedor, natural de Asso, provincia de Huesca, e Isabel Puente, natural de Larrés, provincia de Huesca: fueron padrinos Francisco Sánchez, labrador, natural de Petilla, provincia de Navarra, y Ana María Iriarte, natural de Isuere, provincia de Zaragoza, a quienes advertí el parentesco espiritual y obligaciones. Y para que conste firmé en Petilla, a dos de mayo de mil ochocientos cincuenta y dos.—Toribio Barnecha, vicario de Petilla». Hasta aquí la partida que ha sido copiada a la letra y concuerda fielmente con el referido original que queda en mi poder. Y para que conste doy la presente que firmo y sello con el de esta parroquia en Petilla, a seis de de septiembre de mil ochocientos cincuenta y dos [*sic: debe de ser mil ochocientos sesenta y dos*].—Manuel Gastón, cura.—Dros. 8 Rs. vn.

Hay un sello que dice: P.^a de S. Millán Ad. Petilla de Aragón.

II

Carta a don Eduardo de Rute.

D. Eduardo de Rute.

Estimado compañero: He recibido y leído con deleite los números de *Nuestra Revista*, redactada por los antiguos alumnos de Sn. Antón.

Y he sabido también por su grata, con la natural satisfacción, los acuerdos tan honrosos para mí tomados por los doctos redactores de la citada publicación. Por todo ello le doy a V., así como a sus simpáticos compañeros, las más cordiales gracias.

No hay que dar valor a las críticas estampadas en mi *autobiografía* con relación a la Escuela Pía de Jaca. Ninguna institución docente está libre de albergar temporalmente

algún profesor de mal genio y escesivamente [sic] riguroso. Sobre que mis endiabladas travesuras de chiquillo díscolo justificaban de sobra cualquiera medida disciplinaria. Yo me enorgullezco hoy, de todos modos, de haber sido un alumno de las Escuelas Pías.

Me es muy grato con este motivo, después de reiterarle la expresión [sic] de mi gratitud, saludarle afectuosamente.

S. Ramón Cajal.

Hoy, 13 de junio de 1922.

III

Carta al Vicedirector del Instituto de Huesca

Sr. Vicedirector del Instituto de Huesca.

Muy distinguido amigo: Dé usted, en mi nombre, por su afectuosa felicitación, las más cordiales gracias al Claustro del Instituto oscense, donde, gracias a la enseñanza recibida, germinó hace 58 años mi curiosidad científica y artística, y usted reciba, con un abrazo del viejo exalumno de ese Centro docente, la expresión de mi respeto y amistad fervorosa.

S. Ramón Cajal.

Madrid, 3 de mayo de 1922.

IV

Carta a don Ricardo del Arco

En el membrete: Instituto Cajal.—Madrid.—Director.

Madrid, 30 de enero de 1933.

Sr. Dn. Ricardo del Arco.—Huesca.

Mi estimado y admirado amigo: Muchas gracias por el valiosísimo obsequio de sus libros. Aunque estoy en cama con una afección cardíaca (y mis 80 años y medio), he comenzado a leer sus preciosas obras, que me recuerdan con añoranzas algo melancólicas los tiempos felices de mi niñez y adolescencia. Advierto que ha abordado Vd. con fortuna varios temas tocantes a Aragón: biografía, folklore, historia, costumbrismo, indumentaria, arte religioso, etc. Y en todos estos dominios se muestra Vd. escrupulosamente exacto, escritor sobrio y estilista primoroso.

Estoy leyendo las biografías aragonesas. Son lacónicas, pero substanciosas y gráficas. Campea en ellas un objetivismo extricto [sic]. Vd. no se erige en juez severo y a veces apasionado como el ilustre Menéndez y Pelayo, sino que se contenta con ser historiador verídico e imparcial. En su historia de los heterodoxos su maestro Menéndez y Pelayo, a pesar de su gran talento y copiosa erudición, no distingue siempre el racionalista honrado del incrédulo indeseable, ni echa de ver, que seres imperfectos como somos, nuestras ideas dependen, tanto o más que de la educación e instrucción, de la arquitectura cerebral específica legado de la raza, o de variaciones congénitas incontrastables. Para creer sin reservas es preciso poseer una mente sugestionable y vivir de espaldas a los tremendos problemas que nos plantean las ciencias naturales.

Pero no divaguemos. Puesto que Vd. anuncia una biografía de mi humilde persona, no atienda sino a tres cosas esenciales:

a) Mi obra científica, fruto de 50 años de labor obstinada, y cuya relación va en la lista de títulos, trabajos, etc., que tuve el gusto de enviarle.

b) Mi ardiente patriotismo exacerbado por los juicios despectivos y frecuentemente injustos de los estadistas, literatos y sabios extranjeros. Tan perseverante ha sido mi labor, que hay libro como la *Histología del sistema nervioso* etc., traducido al francés (2 enormes volúmenes in folio con cerca de mil grabados), cuya preparación y redacción exigió más de 25 años. Mis *Estudios sobre la regeneración y degeneración del sistema nervioso*, costeados por los médicos argentinos y traducidos al inglés por la Universidad de Oxford, costaron años de experimentos y la invención de varios métodos. Y así otros muchos trabajos.

c) Que mi orientación científica respondió a un estado de opinión europea que todos los buenos españoles debemos conocer y deplorar, a saber: que si en el dominio del arte, la literatura y la guerra, hicimos en nuestra edad de oro un airoso papel, abandonamos lastimosamente el culto de la filosofía y de la ciencia pura. Así ha podido echársenos en cara este amargo reproche: ¿Qué debe la civilización a la raza hispana? Hay en esto un tópico hartamente exagerado y generalizado, pero es preciso confesar que encierra un fondo de verdad. Nuestras más altas mentalidades (incluyendo profesores y políticos) no se preocuparon, salvo excepciones, sino de acaparar honores y riquezas. Pase porque Colón fuera encargado del descubrimiento de América (la China y el Japón); pero no tiene perdón de Dios el que Carlos V encargara a Magallanes la heroica empresa de dar la vuelta al mundo, cuando sobran en España marinos esforzados que habrían dado cima a semejante hazaña. Y así ha resultado que no existe un extranjero que se acuerde de Sebastián Elcano; para ellos la empresa la realizó un portugués. Y es que nuestros reyes, de extirpe [sic] extranjera, no han sentido jamás el fervor patriótico, ni confiado en las virtudes de la raza.

Y a propósito de biografías de sabios, no se olvide Vd. de Félix de Azara, natural de Barbuñales, cerca de Barbastro, que se pasó 25 años con los Indios del Paraguay, Brasil y Argentina, haciendo cientos de descubrimientos zoológicos. Darwin y Humboltz [sic] le citan a cada paso. Preguntado por mí D. Ignacio Bolívar por el mejor naturalista español, me contestó, sin vacilar, que no hemos tenido otro que Azara, quien reunía a una infatigable curiosidad, conocimientos cosmográficos, matemáticos y astronómicos, etcétera. Después de él puede citarse el botánico y gaditano Mutis. ¡Cuántas veces leyendo las obras de Fabre, acerca de los insectos, he topado con descubrimientos ignorados de Azara!

No haga Vd. caso de mi biografía de *Zaragoza gráfica*. Me ignora por completo. Me presenta como un tipo arisco, atrabiliario e inabordable, cuando siempre fui todo lo contrario. Ni tiene la menor noticia de mi arterioesclerosis, que comenzó hace 12 años, torció mi vida de relación y me obligó a abandonar tertulias, ateneos, academias, teatros, etc., por el horror al calor y a las conversaciones inútiles. Vivo solitario, porque desgraciadamente no puedo hacer otra cosa, si pretendo trabajar y evitar una congestión cerebral.

Pero mi cháchara se alarga en demasía. Concluyo felicitándole por su obra, llena de efusión patriótica y de datos preciosos, y le saluda cariñosamente su amigo agradecido

S. Ramón Cajal.

INDICE DE NOMBRES

Los nombres de personas van en letra romana; los de obras y Publicaciones, en cursiva; los geográficos, en mayúsculas.

- Abadías y Santolaria, León, 113.
A B C, 105 (n. 10).
 Acisclo, el señor, 108.
 AIRE, calle del (Huesca), 103.
 ALCALA DE GALLEGO, 104.
 Apeles, 113.
 Aquilué y Galán, Antonio, 106-107, 117.
 ARAGON, 118; Escuelas Pías de, 103 (n. 9).
 Arco, Ricardo del, 118 (n. 28).
 ARCO DEL OBISPO (Huesca), 103.
 Aristóteles, 114.
Asamblea para el Progreso de las Ciencias, 98 (n. 1).
 AVILA, Instituto de, 110.
 AYERBE, 98, 100, 103, 104, 111, 113.
 Ayerbe, Salvador M.^a de, 106 (n. 11).
 Azcón, 104, 105, 108.
- BADAJOS, Instituto de, 110.
 BARCELONA, 107; Universidad de, 107, 114, 115, 116.
 Blasco, José, 113 (n. 23).
 Blasco Soler, Eusebio, 113 (n. 23).
 Blasco y Val, Cosme, 113-114.
 Borrueal, 112.
 Bosque, Julián, 110.
- Cabañero y Temprado, Andrés, 102.
 Cabra, dómene, 103.
 Caín, 111.
Cajal, 99 (n. 2).
Cajal, su tiempo y el nuestro, 100 (n. 6).
 «Carne de Cabra» (apodo), 104.
 Casas y Abad, Serafín, 115-116.
 CASCARO, 105.
 Catalina del Amo, Severo, 110.
 CATALUÑA, 111.
 Condillac, 114.
- CORRERIA, calle de la (Huesca), 108, 112.
 Costa y Martínez, Joaquín, 118.
 CUBA, 98.
- De Madrid a Panticosa*, 110.
 Dumas, 111.
- Elementos de Retórica y Poética y Literatura Preceptiva*, 117.
Enciclopedia Espasa, 109 (n. 1), 113 (n. 23), 116 (n. 24).
 ESPAÑA, 98, 99.
 Espartero, 111.
- Figuras aragonesas*, 118.
 «Forano» (apodo), 104.
- García Carraffa, Alberto y Arturo, 99 (n. 2).
 GERONA, 109; Instituto de, 107.
 Gil, Ladislao, 100 (n. 4).
 GURREA DE GALLEGO, 111.
- HECHO, 114.
 Hércules, 101.
 HUESCA, 98, 100, 102, 103, 105, 106, 107, 112, 113, 114, 115, 116; Catedral de, 103; Instituto de, *passim*, Universidad de, 106, 107 (n. 12), 115.
Huesca monumental, 110.
- IGUALADA, 107.
 Ineva, Federico, 103 (n. 9).
 Isabel II, 106.
 ISUELA, 105.
 «Italiano» (apodo), 104, 105.
- JACA, 100, 101-103; Escuelas Pías de, 101-103.
 Jacinto, el padre (= Jacinto Villán de San Francisco de Paula), 101-102, 106, 108.

- Labajo y Pérez, Manuel, 110, 117.
 LA CORUÑA, Instituto de, 110.
 LARRES, 100.
 LERIDA, 111; Instituto de, 111.
 LOARRE, 111.
 Locke, 114.
 López Bastarán, Manuel, 117.
Luis M.^a López Allué, escritor costumbrista, 106 (n. 11).
 LUNA, 100.
- MADRID, 107; Escuelas Pías de San Antón de, 103 (n. 9); Instituto «Cisneros» de, 110, 116; Universidad Central de, 118.
 MANRESA, 103 (n. 9).
 Marañón, Gregorio, 100 (n. 6), 112 (n. 18, 19), 113 (n. 22).
 Martínez, Mauricio M.^a, 107, 117.
 Menéndez Pidal, Ramón, 117 (n. 25).
Mi infancia y juventud, 100 (n. 7).
 MOLINA, 102.
 Moriones, 108.
- NAVARRA / «Nabarra», 117.
 Nóbel (Premio), 97, 109.
Nuestra Revista, 103 (n. 9).
- Ortega y Gasset, José, 98 (n. 1).
 Ovidio, 100 (n. 3).
- «Pedrín», «Pedrines» (=Pedro Coarasa), 108, 111-112.
 PETILLA, 100.
 Pierrad, 108-109.
 Prim, 108, 109, 113.
 Quevedo, 103.
- Ramón, Vicente, 117.
 Ramón Gracia, Luis, 100 (n. 4).
 Ramón y Cajal, Santiago Felipe, *passim*.
Ramón y Cajal en Ayerbe, 100 (n. 8).
Recuerdos de mi vida, 100, 105 (n. 10), 108 (n. 14), 112 (n. 17).
 Riego y Fernández Vallín, Benjamín, 110.
 Rousseau, 114.
 Rute, Eduardo de, 103 (n. 9).
- Sancho y Sala, José M.^a, 111.
 SAN MARTIN DE VILADRAU, 109.
 SAN PEDRO, plaza de (Huesca), 108.
 SANTO DOMINGO, plaza de (Huesca), 112, 115.
 Santo Tomás [de Aquino], 114.
 Sanz y Tarazona, José, 102.
 Sarasa, Isidro, 103.
 SERTORIANA, Universidad, v. Huesca, Universidad de.
 SEVILLA, Universidad de, 107.
 Silvela, Manuel, 110.
 Soler y Arqués, Carlos, 109.
- Tarzán, 105 (n. 10).
 TERUEL, Instituto de, 102, 113.
- VALLADOLID, Universidad de, 110.
 VALPALMAS, 100.
 Ventura, Vicente, 102, 114-115.
 VICH, Seminario de, 109.
 Vidal y Domingo, Antonio, 107, 109.
 Voltaire, 114.
- ZARAGOZA, 100, 103 (n. 9), 113, 117; Asociación de la Prensa de, 113 (n. 23); Universidad de, 106, 114, 117.

